



OBRAS BREVES DE
**JACQUES
MARITAIN**



024-00

CARTA SOBRE LA INDEPENDENCIA

Jacques Maritain

1935

“Este número del ‘Courrier des Iles’ no es más que una carta dirigida a mis amigos, lo que me excusa por hablar en primera persona. Ella tiene que ver con cuestiones de inmediata actualidad y no con los problemas generalmente tratados por los filósofos.”

J. Maritain

FILOSOFÍA y POLÍTICA

Como lo recuerda Montherlant en su último libro, el escritor, que en lo esencial es ajeno a la política, no puede en épocas de grave crisis tomar refugio en ello y cerrar los ojos a las angustias de los hombres y de la ciudad. Me parece que tal obligación concierne también de una manera muy especial al filósofo. Porque no solamente hay una filosofía especulativa, sino también una filosofía práctica que, a mi juicio, debe descender hasta el límite mismo en que el conocimiento filosófico se une a la acción.

En virtud de la idea de que conocer es transformar, Marx confundió al filósofo y al hombre de acción en una misma y única esencia, afirmando que el único filósofo auténtico es el que lucha por la revolución. El filósofo que no es un pensador revolucionario es rechazado *a priori* como perteneciente a los pensadores de contrabando. Esta idea del conocimiento, consistente en su esencia misma en un proceso de transformación del mundo, que es una de las ideas más profundas de Marx y, a no dudarlo, la más chocante, me parece un error que destruye toda libertad espiritual y toda verdadera filosofía. Con ella, todo el pensamiento se agota en el movimiento mismo de la acción transitiva y de la dialéctica del devenir. A los ojos del metafísico esa es la quinta esencia del inmanentismo y del materialismo de Marx.

Sin embargo, este error brutal es como la hipertrofia de una importante verdad ignorada que, en lenguaje tomista, puede formularse como sigue: la filosofía moral y especialmente la filosofía política, ordenadas desde sus orígenes hacia la acción, deben ir hasta el último límite práctico de la ciencia práctica. Bajo ese límite está el dominio de la acción en sí misma, que es regulada directamente por la virtud de la prudencia (en el sentido cristiano, no mundano de la palabra) y, especialmente, por la virtud de la prudencia política, que requiere necesariamente de un aporte considerable de la técnica y del arte. El filósofo, como tal, no tiene que penetrar en el dominio del flujo de las circunstancias y de la variabilidad de lo singular; eso corresponde al hombre de empresa y al hombre de acción. (Rechazar esta distinción, propia del sentido común, es aceptar de hecho, como he dicho, el prejuicio metafísico que niega la trascendencia del espíritu).

Sin embargo, el filósofo, como tal, puede y debe aproximarse al dominio propio de la acción humana y política tan cerca como sea posible, en busca de un conocimiento que permanece general e interesado en las leyes universales (en esto, específicamente distinto de la prudencia). Actuando así, en su propio nivel, podrá preparar el trabajo de aquellas operaciones capaces de transformar inmediatamente el mundo y la vida.

He aquí por qué, en las angustias del presente, no he abandonado la filosofía - la filosofía práctica -, sino, muy por el contrario, permanezco en mi propio plano, actuando todavía como filósofo, mientras intento pensar acerca de los problemas existentes, conforme a principios capaces de esclarecerlos en alguna medida.

El filósofo, en cuanto filósofo, es de poca utilidad para los hombres. Sin embargo, para permanecer filósofo y actuar como filósofo, uno debe mantener siempre la libertad de la filosofía y, en especial, afirmar sin descanso su independencia con respecto a los partidos, cualesquiera que éstos sean.

No pertenezco ni a la izquierda ni a la derecha.

La independencia del filósofo – exigida por la propia naturaleza de un conocimiento que es de por sí una sabiduría – incluso cuando se aplica de la manera más estricta a lo contingente, todavía lo domina.

La independencia del filósofo atestigua la libertad del intelecto frente al instante que pasa.

La independencia del cristiano atestigua la libertad de la fe frente al mundo.

Es todo lo contrario de una retirada o de una evasión; todo lo contrario de una defección ante el drama de la existencia y de la vida, o de la mera curiosidad del espectador en su refugio. Es el más real de los compromisos, puesto que la libertad interior es inviolable. En realidad es una consecuencia de la ley de Encarnación, en cuyo enorme dinamismo es arrastrado todo cristiano, si no resiste a lo que es. ¿Quién puede entender estas cosas si no es cristiano? ¿Y qué cristiano puede jactarse de comprenderlas? Nuestro Dios se encarnó al descender y murió en la cruz. Él, que era el Señor por quien todo había sido creado y la Libertad en Persona.

PERMANECER LIBRES

Si el filósofo experimenta, por su amor a la inteligencia, cierta incertidumbre y angustia frente a los juegos ordinarios de la arena política, a causa de la terrible irracionalidad que los domina, no se puede ocultar que, para el cristiano, existe desde el comienzo un profundo desánimo que es preciso superar.

¿Qué otra cosa puede ver en esos juegos, sino la presencia del pecado sobrepuesta a la del bien, puesto que los hombres viven de hecho la mayor parte del

tiempo en los sentidos y, según dice Santo Tomás, “el mal es más frecuente en ellos” que el bien, hallándose ambos inevitablemente mezclados en su conducta colectiva? Ve en ellos la mentira y la ilusión apoderándose de lo real y devorándolo, por el solo hecho de que lo real no obra allí más que en función de la opinión de los hombres para convertirse en otra cosa. Ve como la interferencia de las cosas del alma y de las cosas de la vida pública, de lo espiritual y de lo social, son allí más graves que en cualquier otro lugar. Ve el comercio malvado de las apariencias y de la sangre; ve los horrores y los odios manipulando al pobre ser humano. Es a ese circo de bestias al que tenemos que descender. Nuestro Dios descendió aún más bajo.

Lejos de estar exento de las obligaciones que corresponden a todo hombre en el orden social y político, el cristiano sabe que, además, él debe, como cristiano, traer la presencia del espíritu incluso al mundo de la violencia y de la contradicción.

El filósofo cristiano sabe que necesita elaborar, bajo el cielo de los principios supremos cuyo depósito tiene la Iglesia, una filosofía política y social capaz de enfrentar los riesgos y peligros en la tierra y en la historia profana, siendo tan realista como para arraigarse en el trabajo histórico en marcha ante nuestros ojos y, al mismo tiempo, lo suficientemente libre para afirmar la primacía política – que el mundo actual no deja de escarnecer – de la dignidad de la persona humana, del bien común de la multitud congregada y de los valores morales y espirituales.

Sabe también que debe mantener un actitud abierta al futuro y alerta para no dejar pasar el menor movimiento que dé un poco de esperanza de que la paloma del espíritu divino esté escondida en esas aguas más tenebrosas que nunca. Pero también debe prestar una atención igualmente alerta a mantener, en medio de las vicisitudes, las verdades que no cambian. Sería ciertamente más fácil adoptar una actitud universitaria, enseñando los grandes principios, incluso los falsos, con satisfacción y seguridad.

El cristiano debe estar en todas partes y en todas partes debe permanecer libre.

¿Por qué no declarar aquí el conflicto interior que, a mi juicio, obstaculiza muchos esfuerzos generosos para expandir el reino de Dios? El instinto social o sociológico, propio del mundo, ese instinto de la colectividad terrestre pretende colocar a los cristianos en un mundo cerrado – en el propio mundo temporal, en el orden de la civilización – en una fortaleza construida por la mano del hombre, detrás de cuyas murallas estarán todos los buenos unidos para luchar contra todos los malos que los asedian. El instinto espiritual, que pertenece a Dios, exige a los cristianos que se dispersen por el mundo creado por Dios para llevar a él su testimonio y vivificarlo.

En realidad, los buenos y los malos están mezclados en todas partes, incluso en la Iglesia; y la imagen de una fortaleza o ciudadela erigida en el mundo, debiera ser más bien, en el presente estado de cosas, la de un ejército en campaña en una guerra de movimientos.

Las murallas temporales existentes no son de un mundo cristiano, sino de un mundo apóstata. Es preciso, por cierto, defender los valores humanos y cristianos todavía subsistentes en él, pero es necesario también, en la medida del esfuerzo humano, crear un mundo nuevo, un nuevo mundo cristiano.

La Iglesia, nacida de Dios y superior al tiempo, es una ciudad rodeada de murallas – “la muralla de la ciudad fue construida de jaspe...” (Apoc. xxi, 18) – y, por una admirable paradoja, es perfectamente cerrada porque es universal y porque no sólo los bautizados, sino, de un modo invisible, todos los hombres le pertenecen. Pero es un gran error confundir a la Iglesia, reino de Dios que peregrina por este mundo, centrada toda sobre la vida eterna, con las estructuras sociales-terrestres de la vida política y temporal de los hombres, incluso cuando éstos son, al menos de nombre, cristianos.

En otro estudio he intentado demostrar que, desde el punto de vista de una filosofía cristiana de la historia, el problema central de nuestro tiempo es el de la reintegración de las masas, separadas del cristianismo por culpa principal de un mundo cristiano infiel a su vocación. Este problema es obviamente central en el orden espiritual, el de la salvación. Pero también es central en el orden temporal, político y social. Permítanme reproducir aquí lo que he escrito recientemente sobre este tema:

“Desde nuestro punto de vista, el dilema es inevitable: o bien las masas populares se aliarán más y más a las varias formas de materialismo que procuran seducirlas y viciar su movimiento de progreso histórico, y entonces este movimiento se desarrollará bajo unas formas anormales y engañosas; o bien se volverán al cristianismo, por su filosofía del mundo y de la vida, y a la formación de un humanismo teocéntrico, cuyo valor universal permanecerá abierto a los hombres de todas las condiciones, incluso en el dominio temporal y cultural. De esta manera, su deseo de renovación social se realizará y alcanzarán la libertad propia de la persona adulta, libertad y personalidad no de la clase que absorbe al hombre para el aplastamiento de otra clase, sino del hombre transmitiendo a su clase la dignidad propia del hombre, para la instauración común de una sociedad de la cual habrán desaparecido, no ciertamente todas las diferenciaciones y jerarquías, pero sí la presente división de clases.

“No tiene sentido insistir en las proporciones de la transformación histórica implicada en semejante hipótesis. Por un lado, será necesario despertar en las masas poderosos centros de renovación espiritual y religiosa. Por otro, será preciso que los cristianos se liberen de muchos prejuicios sociológicos más o menos inconscientes. El pensamiento cristiano tendrá que integrar las verdades permanentes, desformadas por los esfuerzos sociales-terrenales de la época moderna, purificándolas de los errores anticristianos en medio de los cuales han nacido. La acción política y social nacida de este pensamiento tendrá que desarrollarse en vastas proporciones.

“Mucho más que cualquier derrocamiento de alianzas, lo que se requiere es una redistribución general de las fuerzas históricas que, en semejantes perspectivas, podamos concebir.

“Podría ser que entonces entendiésemos el enigma, tan irritante para el espíritu, de la oposición provisional, ocurrida en los siglos modernos y sobre todo en el siglo XIX, entre un mundo cristiano cada vez más separado de las fuentes de su propia vida y los esfuerzos de transformación del régimen temporal, dirigidos a la justicia social, aunque nutridos de las más falsas metafísicas. Podría suceder que ese escándalo del siglo XIX, del que hablaba el Papa Pío XI, encontrase una cierta inteligibilidad conforme a un misterio incomparablemente mayor y elevado.

“Con respecto al rechazo provisional y a la reintegración final del pueblo judío, ¿no nos ha dicho San Pablo que Dios encerró a todos en el pecado para tener misericordia de todos? Tal vez pudiéramos alcanzar una mejor idea de la enorme magnitud del cambio histórico implicado en el establecimiento de una nueva cristiandad, si entendemos que un nuevo orden temporal cristiano no podrá alcanzarse de manera plena y durable hasta que la “desobediencia” y el “pecado”, en los que el mundo cristiano ha sido “encerrado” en estos tiempos “antropocéntricos”, reciba una nueva efusión de “misericordia”. (Revista ‘Esprit’, Octubre 1935).

Mientras tanto, ¿podemos permanecer impasibles? ¿Podemos pensar, sin estremecernos de dolor, en esa multitud de hombres cuyo profundo resentimiento, nacido de su dignidad humana humillada y ofendida, los ha vuelto contra el cristianismo, que ellos han confundido con un régimen temporal que rechaza la propia existencia de las verdades cristianas? ¿Podemos ignorar cuántos de ellos son cristianos sin saberlo? ¿No sabemos lo que representan para la historia las reservas de auténtica humanidad, de bondad y de heroísmo encarnadas en el trabajo cotidiano y en la pobreza el pueblo obrero y campesino?

Mientras escribo estas líneas recuerdo la reacción, hace unos años, de algunos espectadores de ‘Coriolano’, que se manifestaban violenta y entusiastamente a cada insulto lanzado contra la plebe, confesando así públicamente su propia miseria interior.

Sería absurdo ignorar los admirables recursos que subsisten en los hombres de otras clases. Pero es más bien en el ámbito de la vida individual o personal donde tales recursos se muestran; y si la fuerza de la inteligencia técnica reside todavía en la clase burguesa, parece que el espectáculo del mundo actual nos enseña claramente que las estructuras internas de la burguesía, como clase, están en vías de disolución. El acontecimiento capital del mundo moderno ha sido la llegada de las masas a la existencia histórica, así como el hecho de que en todas partes desempeñan el papel de un actor principal, incluso en los gobiernos que las han privado de toda vida política a fin de incorporarlas a un Estado totalitario o a un Estado comunista. Sin embargo, estas grandes fuerzas humanas, la última reserva de la historia, son entregadas al sistema anticristiano por el sistema del ‘bien pensar’ vigente.

Lo que llamo el sistema del ‘bien pensar’, es un sistema de ilusión y de inercia. Formados en él, los hombres, excelentes en su vida privada, se encierran, en cuanto se trata de asuntos sociales y políticos, en la amarga y voluntaria ignorancia de su prójimo y de las realidades más evidentes, mientras rechazan, como derrotados de antemano, toda iniciativa que la acción de Dios en el tiempo les exige. Se quejan de que el mundo se les escapa y, no pudiendo hacer nada al respecto, pasan por la historia como momias en sarcófagos de buenos pensamientos.

Pues bien, volviendo a mi tema, la imagen sumaria de la ideología del ‘bien pensar’ impulsa a un gran número de almas de buena fe a obrar como si la mitad de Francia – aquella que vota por la izquierda – estuviese alineada por anticipado con el ateísmo y con el comunismo. En verdad, si el cristianismo permanece paralizado, se estará alineando por anticipado, no diré con una revolución comunista, cuyas probabilidades parecen escasas en el estado actual de las cosas, sino con la ideología comunista y el ateísmo que conlleva, puesto que los comunistas poseen una doctrina coherente y vigorosa en contra de la cual la ideología liberal carece de fuerza.

Los cristianos, por sí solos, pueden tener una doctrina fuerte, firme y vigorosa suficiente para privar sus pretextos al ateísmo, y para enfrentar, en una libre confrontación espiritual, filosofía contra filosofía, la filosofía en la fe contra filosofía atea, la libertad real de la persona contra la libertad ateísta, el humanismo integral contra humanismo ateo. Y al hablar así, no estoy pensando sólo en el apostolado cristiano, que en el orden puramente espiritual busca dirigir las almas hacia la vida eterna. Pienso en una filosofía cristiana que en el orden temporal, y sin ninguna reserva mental respecto del apostolado religioso, procura encontrar la verdad práctica, para servir a la vida temporal de los hombres trabajando por la renovación de las estructuras de la sociedad. Semejante filosofía no tendría nada que ver con un orden cristiano puramente decorativo, que enchapa con principios y fórmulas cristianas el desorden consubstancial, superfluamente retocado, de un régimen social y cultural inhumano.

Y dado que tal filosofía política se opone a principios profundos, requiere una revolución más profunda que todo lo que la literatura revolucionaria llama

con ese nombre. Son muchos, creo yo, entre los que buscan obscuramente por ese lado, los que estarían prontos a darle la bienvenida.

Mas, si los cristianos no llevan el debate a las masas, ¿quién lo hará por ellos? ¿Quién escuchará si nadie habla? Si los cristianos rechazan hablar allí donde existe alguna probabilidad de ser oídos, ¿cómo va a ser nunca entendida su palabra? ¿Cómo esos hombres, separados de nosotros por murallas de prejuicios centenarios, podrán tener en cuenta nuestra fe, si, en lugar de hacer honor a sus almas, a sus aspiraciones, a sus ansiedades espirituales, permanecemos atrincherados en no sé qué aislamiento farisaico?

La respuesta a tales preguntas es clara. La cosa no puede ser hecha sin dolor y sin muchas dificultades, a causa del mal entendimiento eterno entre el mundo y el cristiano. Lo que el mundo exige de los cristianos, lo que espera de ellos, es que se lancen por entero, como una fuerza en los ejércitos de la cólera que están constantemente movilizados por las contradicciones que lo destruyen pero que ama. El mundo, del ‘bien pensar’ y del ‘mal pensar’, el mundo de la conservación social o el mundo de la revolución, el mundo fija sobre los cristianos su triste mirada de Minotauro. ¡Con qué ternura atroz, con cuánta envidia espera una mirada de respuesta!

Pero la respuesta no es nunca comprendida. Allí donde Dios lee amor, el mundo lee complicidad. El mundo cree que su propio deseo es comprendido y que se va a “tragar una imagen de Dios en su vientre tenebroso”, como dice San Juan de la Cruz. El cristiano cree que su propio deseo es comprendido y que el mensaje transmitido por él va a ser recibido por el mundo. No estamos aquí, como creería un *barthiano*, enfrentados a una tragedia sin sentido, a una antinomia irreductible. La antinomia se resuelve por la dialéctica del dolor.

El cristianismo no entrega su alma al mundo. Pero debe ir al mundo, debe hablar al mundo, debe estar en el mundo hasta la muerte: no sólo para dar testimonio ante Dios y la vida eterna, sino también para cumplir, como cristiano, su misión de hombre en el mundo, a fin de hacer progresar la vida temporal del mundo hacia las riveras de Dios, no obstante el gran malentendido de que he hablado previamente y en el corazón mismo de tal malentendido. Y en el

mundo, en lo más profundo del mundo, debe mantener contra el mundo una doble independencia: primero, aquella de su fe, de la palabra de Dios, de las virtudes dirigidas también a la vida eterna; y segundo, también en su actividad temporal del cristiano, la independencia “política”, otorgándole a esa palabra el sentido amplio dado por Aristóteles, que corresponde más propiamente a las virtudes políticas cristianas dirigidas hacia la vida temporal y hacia el bien de la civilización humana.

UNA EXPERIENCIA

Quisiera decir ahora sólo una palabra acerca de una experiencia personal; y dar una explicación sobre un caso particular, en sí mismo insignificante.

Durante el verano pasado me enteré del proyecto de crear un nuevo semanario, políticamente orientado hacia la izquierda, pero independiente de todos los partidos, donde, en el plano de las ideas, los escritores preocupados por la libertad podrían presentar sus concepciones del mundo y de la vida; en él, los católicos podrían expresarse con igual franqueza y libertad que los comunistas. Cuando recibí una invitación para colaborar, me pareció que rechazarla hubiese sido un error, no obstante que haberlo hecho hubiese sido, indudablemente, mucho más favorable para mi tranquilidad personal.

Las razones para mi aceptación han sido suficientemente explicadas en las páginas precedentes. Estaba dispuesto a escribir dondequiera se respetase la libertad para dar mi testimonio, fuese en un periódico de derecha lo mismo que en uno de izquierda (considerando que todo periódico con una gran audiencia termina fatalmente encasillado en uno u otro molde). En el presente caso, me agradó por una razón especial escribir para un periódico de izquierda, puesto que el público de izquierda es precisamente el que sólo raramente tiene la oportunidad de escuchar una voz cristiana, y porque es allí donde los prejuicios más fuertes son esgrimidos contra el cristianismo, no tanto por razones metafísicas como por razones meramente sociales.

No siempre es fácil conseguir lo que uno quiere, sobre todo cuando es asunto de un periódico. Entre las mejores intenciones y los resultados que se

obtienen existe un margen de dificultades propias de cada asunto. No sé si las bases de ‘Vendredi’ han sido satisfechas desde su primer número. A mí me han defraudado porque escasamente han correspondido a la idea que me formé de ellas. Demasiada política, no suficiente libertad y la ausencia de explicaciones relativas tanto a la independencia de los colaboradores entre sí, como en relación a la dirección política del periódico. El público francés, que ve la política en todo, que no está acostumbrado en absoluto a un diálogo en un mismo lugar entre quienes discrepan, podría haber tomado como signo de alianza lo que era un signo de diversidad. Sin embargo, considerando el texto de mi artículo y lo que digo sobre el “humanismo” y sobre el “heroísmo” ¿quién hubiese podido llegar a semejante conclusión?

Los malentendidos, por lo que puedo juzgar hasta ahora, han sido tan grandes en la izquierda como en la derecha. Algunos han creído que yo me estaba afiliando. La carta que escribí de inmediato, poniendo las cosas en su lugar, fue publicada en el segundo número: allí señalé mi oposición a todos los partidos actuales y mi deseo de no seguir la política de ‘Vendredi’ ni ninguna otra. Sin embargo, una falsa impresión desde el comienzo no se borra fácilmente. Tan pronto algo llega a ser tema de opinión pública, la independencia sólo puede ser salvada si es debidamente entendida.

En todo caso, al dar mi artículo al primer número de ‘Vendredi’ (el artículo se titula “Humanismo y Heroísmo”, y fue publicado el 8 de Noviembre de 1935), me alegra el haber podido dar un testimonio que no rechazaba la conversación que estaba dispuesto a enfrentar. Espero que los editores de ese periódico me entenderán cuando digo que la experiencia ha sido malamente entendida, dada la formulación propia del periódico. En todo caso, estoy muy lejos de renunciar a encuentros y confrontaciones, puesto que otorgo más importancia que nunca a cada posibilidad de diálogo con aquellos situados en posiciones diferentes, incluso antagónicas, pero que están preocupados por el trabajo histórico desarrollado en nuestros días. Eso, sin embargo, sólo puede tener lugar en una atmósfera suficientemente purificada de las pasiones del momento.

Agregaré todavía algo más. Más allá de que uno pueda llamar cristiana a una acción civil, aquella preocupada de la defensa de las libertades religiosas como

asimismo de los bienes y valores de la ley natural anexos a aquellas, a la que sean llamados todos los cristianos, no existe una acción civil cristiana propiamente política – (quiero decir, en el plano de la acción, puesto que en el plano de los principios de tal política, éstos ya han sido establecidos no solamente por teólogos y filósofos católicos, sino por las enseñanzas ordinarias de la Iglesia, particularmente por las encíclicas papales), – digo, pues, que no existe una Política Cristiana que sea vital e intrínsecamente cristiana y no sólo cristiana en apariencia. Ha sido bosquejada aquí y allá, pero todavía no ha surgido en la historia. El trabajo generoso llevado a cabo desde hace tiempo por varios grupos con diversos métodos no se ha concretado.

Mi trabajo como filósofo en el orden de la filosofía práctica está dirigido a preparar intelectualmente ese camino. Es extremadamente importante, a causa de los malentendidos a que me he referido, que la posición política que he concebido no sea mal apreciada y confundida con políticas que son muy diferentes. Por estas razones, así como por las que desarrollaré más adelante, he estimado indispensable afirmar nuevamente en este número del ‘Courrier des Iles’ aquellas posiciones que he definido en otras partes.

EL ‘COURRIER DES ILES’

Existe una ventaja para cada grupo de escritores que comparten ideas comunes, cualesquiera sean las actividades que cada uno desarrolla en otros lados, en disponer de medios de publicación que les permitan expresar sus propios puntos de vista respecto de los problemas del presente. El ‘Courrier des Iles’ me ofrece a mí hoy ese medio y puede hacer lo mismo por otros.

Volvemos, pues, a la idea original del ‘Courrier’, dispuestos a determinarla con mayor precisión. Por consiguiente, a diferencia de la colección ‘Les Iles’, el ‘Courrier’ sólo publicará estudios relativos a problemas existentes en todos los niveles del pensamiento, filosófico o literario, social o político. Es nuestro deseo que así pueda servir, por sobre todo, para hacer público el pensamiento de ciertos escritores católicos que, aunque pocos en número, están unidos por un mismo espíritu de fe y de libertad y por una activa amistad intelectual.

Es un asunto de amistad, no de equipo. Cada uno escribirá bajo su propia responsabilidad sin polemizar con el pensamiento de otros. La forma de publicación no será la de una revista o periódico con suscripciones. Los números del 'Courrier' no aparecerán de acuerdo a ningún plan regular y serán vendidos por números, dirigidos a lectores que hagan el esfuerzo de buscarlos más allá de las librerías, porque están interesados en los temas que allí se tratan. Gracias a la devota colaboración de nuestros editores, a los que expreso mis agradecimientos, los manuscritos serán impresos sin demora. Esto permitirá a los autores penetrar de cerca en la actualidad, no como lo hacen las publicaciones diarias o semanales, pero lo suficientemente cerca como para tratarla al nivel de las ideas.

En síntesis, esperamos que con nuestros limitados medios, por ello mismo los más apropiados al caso, el 'Courrier' pueda ser un instrumento de cultura viva y contribuya con su aporte al nacimiento, a la toma de conciencia y al estado intelectual necesarios para la preparación de una nueva cristiandad, sea en el orden del pensamiento o en el de la acción. Naturalmente, también esperamos que sea útil en las confrontaciones con ideas discrepantes, a las que me he referido más arriba. Semejantes encuentros, como ha sido señalado, son útiles solamente si tienen lugar en una atmósfera de serenidad y de libertad interior, purificadas de los complejos pasionales, cuyo único resultado es el establecimiento, en todos los grupos rivales que dividen a nuestro país, de una mentalidad que se conforma con una igualdad de calidad mediocre.

Afortunadamente, hay mucha gente joven reaccionando contra esta situación, incluso dentro de esos mismos grupos. En efecto, sólo la angustia compartida al aproximarnos a nuestro destino y un cierto sentimiento de miseria espiritual y, no obstante ello, también de promesa de los tiempos, junto a la firme intención de llevar a cabo un análisis objetivo de los problemas, puede proveer las condiciones para el encuentro de los hombres de buena fe que, de otro modo, permanecerán tan terriblemente divididos.

ENTRE LAS FACCIÓNES

Luego de esta digresión, volvamos a los asuntos que son el tema de esta carta.

He dicho en otra parte que “la posición de un hombre que no sólo rechaza, por un deseo de independencia, pertenecer a ninguno de los partidos políticos existente, sino que está además en contra de cada uno de ellos por razones definitivas, y que, al mismo tiempo, está perfectamente consciente de la gran importancia de las realidades políticas, es una posición ciertamente inconfortable. Tal posición es la mía”. (Carta a la revista ‘Vendredi’. 8 de Noviembre de 1935). Esa es también, creo yo, la posición de muchos católicos.

Verdaderamente, hoy día estamos pagando las faltas de nuestros padres. Y es necesario repetirlo todavía una vez más: la concepción de un partido político con una definición confesional, como lo es por ejemplo el Centro Alemán, me parece errónea y desafortunada, no obstante mi convicción de que la existencia de formaciones políticas, estrictamente políticas y de inspiración cristiana, son una necesidad. Semejantes formaciones pertenecen a un orden esencialmente distinto de la llamada Acción Católica, de acuerdo al concepto y al nombre establecido por el Papa Pío XI.

La Acción Católica está interesada en el plano espiritual, ya sea considerado puramente en sí mismo o en sus relaciones con lo temporal; mientras que las formaciones específicamente políticas están interesadas directamente en lo temporal, en sí mismo, y en la actividad “cívica” en que los cristianos deben participar, no como miembros de la Iglesia de Cristo ni como “conciudadanos de los santos”, sino como miembros – cristianos – de cierta ciudad social-terrenal y de cierto mundo de civilización, y como conciudadanos de los hombres que sufren y se fatigan en el trabajo percedero de esta vida mortal. En otras palabras, corresponde a la esfera de la acción externa y pública, a la existencia en el alma de las virtudes políticas del orden natural, que en un alma “existencialmente” cristiana alcanzan su propio orden justamente a un nivel más alto, puesto que son intrínsecamente elevadas y fortificadas por las más altas virtudes.

Debemos notar con amargo pesar la carencia de semejantes formaciones políticas. La posibilidad de que uno de estos días surja, sanamente concebida, alguna de ellas, es un resultado que hay derecho a esperar de la elaboración de una filosofía política fundada en una justa idea de la historia moderna.

Mientras tanto, tenemos la completa seguridad que la ausencia de organismos de actividad temporal de semejante tipo, constituye una anormalidad en países como el nuestro, lo que causa confusión en un gran número de cristianos preocupados de sus responsabilidades temporales, y hace más angustiantes los problemas del tiempo presente por la división de Francia en dos campos enemigos.

Incluso en la ausencia de las formaciones en cuestión, yo imagino que católicos de una formación más desarrollada, podrían haber tomado ya la iniciativa para la creación de un tercer partido, del que he hablado en el manifiesto 'Por el Bien Común' (1934). Tal partido no debiera ser considerado como un partido que disputa el terreno con otros partidos en un mismo nivel – como políticos en maniobras y en combinaciones electorales y de gobierno –, sino como una gran asamblea de hombres de buena voluntad, conscientes de la unidad moral que subsiste, a pesar de todo, entre los franceses dispuestos a demandar la verdadera meta política de hacer imposible la guerra civil. Tal meta, que está por encima de las pasiones partidistas, debe consistir no solamente en una incesante propaganda moral destinada a que los franceses se reconozcan unos a otros, sino también en la presentación y promoción de reformas realistas, orientadas siempre al servicio de la justicia y la paz, cualesquiera sean las fluctuaciones y vicisitudes de los movimientos de la vida política.

Semejante asamblea, concebible sólo sobre la base de las libertades institucionales existentes en el presente contexto, podrá ser capaz de tomar una acción decisiva para los destinos del país sólo en el entendido que sus miembros son suficientemente numerosos y suficientemente bien organizados.

Una actividad como ésta no puede lograr un prestigio definitivo – (por tratarse de una de esas “medicaciones de mantenimiento” de que hablaré más adelante) – y correrá el riesgo de dar lugar a los juicios despreciativos que la actitud corriente de los “sabios” y de los “moderados” atribuye a las virtudes de ese

mismo nombre, las que, sin embargo, consideradas en sí mismas y en relación a su propia naturaleza, son las virtudes políticas por excelencia. Es esencial que no encuentren justificación para semejante juicio.

El amor por nuestra patria material, el celo por la paz cívica, el sentido de comunidad del pueblo y su vocación y la amistad que verdaderamente alcanza al corazón de las personas humanas que forman el pueblo, todo esto no es, ciertamente, un maná demasiado insípido para los hombres de buena voluntad.

Pero, ¿será preciso considerar el futuro de un tercer partido, así entendido, como decididamente incompatible con las actuales circunstancias? Durante dos años la zona que separa a los dos campos enemigos se ha reducido notablemente. No obstante ello, subsiste un inmenso número de franceses que no quieren la guerra civil y que podrían ser movilizados si sólo se les mostrase el camino. En cualquier caso, antes o después de la catástrofe, será siempre por medio de una acción civil, como aquella en que el Canciller de l'Hospital entendió esta misma necesidad en el tiempo de las guerras de religión, que Francia ha de sobreponerse al desastroso estado en que hoy se debate. Debo agregar, primero para enfatizar expresamente que el país no puede esperar nada bueno de revoluciones tipo Mussolini ni enfeudándose en el frente político opuesto, y, segundo, si se desea realmente la reconciliación del pueblo francés, que no será posible lograrlo en contra del pueblo francés ni mediante la amenaza, sino por Francia que está allí como la historia la ha hecho y por medio de un trabajo que debe ser positivo, paciente y perseverante.

DERECHA E IZQUIERDA

Aún siendo necesaria, la solución ofrecida por un tercer partido es, sin embargo, insuficiente, sobre todo en relación al futuro.

Antes de seguir avanzando más lejos en presentar mi proposición, diré de una vez por todas lo que pienso del problema de la “Derecha” y de la “Izquierda”.

No ser “ni de derecha ni de izquierda”: muchos aspiran con razón a superar la oposición entre estos dos mundos de prejuicios e ilusiones. Sin embargo,

es menos fácil de lo que pudiera parecer y se hace necesario entender el significado de esas palabras, ya que se entremezclan en dos sentidos, uno psicológico y otro político.

En el sentido psicológico, uno es “de derecha” o “de izquierda” por una disposición temperamental, así como los seres humanos nacen biliosos o sanguíneos. En este sentido, es vano pretender ser de derecha o de izquierda; lo único que se puede hacer es procurar corregir el temperamento para situarlo en un cierto equilibrio que se acerca más o menos al punto en que ambas inclinaciones se unen. En el extremo más bajo de estas inclinaciones nos encontramos con una especie de monstruosidad mental: a la derecha el puro cinismo y a la izquierda el puro irrealismo (o idealismo, en el sentido metafísico del término). El hombre puro de izquierda detesta el ser, prefiriendo siempre, por una suposición de acuerdo a la palabra de Juan Jacobo Rousseau, aquello que no es a lo que es. El hombre puro de derecha detesta la justicia y la caridad, prefiriendo siempre, por una suposición de acuerdo a la palabra de Goethe (él mismo un enigma, enmascarando su derecha con su izquierda), la injusticia al desorden. Nietzsche es un noble y fino tipo de hombre de derecha, mientras que Tolstoy es un noble y fino tipo de hombre de izquierda.

En el sentido político, los términos Izquierda y Derecha designan ideales, energías y formaciones históricas por medio de las cuales los hombres de estos dos temperamentos opuestos tienden agruparse. Incluso, considerando las circunstancias históricas de cada país en un momento determinado, es imposible que aquellos que toman con pasión las realidades políticas no sean arrastrados también hacia la derecha o hacia la izquierda. Más aún, algunas veces las cosas se confunden al extremo cuando hombres de derecha (en el sentido psicológico de la palabra) asumen políticas de izquierda y viceversa. Pienso que Lenin es un buen ejemplo del primer caso. No hay revoluciones más terribles que las revoluciones de izquierda hechas por temperamentos de derecha. No hay gobiernos más débiles que los gobiernos de derecha conducidos por temperamentos de izquierda (Luis XVI).

Pero las cosas alcanzan su peor nivel cuando, en momentos de profunda crisis, los partidos políticos de derecha e izquierda cesan de ser cuerpos con una mentalidad más o menos controlada por una razón política firme, para transformarse en complejos pasionales exacerbados, arrastrados por el mito de sus ideales políticos, en donde la razón no hace más que servir a la pasión.

Así, pues, no ser ni de derecha ni de izquierda significa querer conservar la razón.

Esto puede tener asimismo un doble significado. Puede significar una especie de atrincheramiento detrás de lo espiritual, en cuyo caso el reproche de evasión y secesión no es injustificado, al menos para aquellos que no están separados del mundo por su trabajo o por su condición.

Pero también puede significar algo completamente diferente. Puede significar que uno ha decidido mantener, dentro de y para el orden temporal, no sólo el trabajo orgánico necesario – las actividades cívicas, culturales y sociales requeridas por el bien común temporal, mejor servidas así que por la disensión –, sino también una concepción política, un cierto testimonio político, una cierta semilla de actividad política que estima indispensable para el futuro de la ciudad y de la civilización.

En esto, todo el asunto se reduce a saber si uno cree o no que una política auténtica y vitalmente cristiana puede surgir en la historia preparándose invisiblemente a sí misma desde hoy en adelante. Todo se reduce a saber si el cristianismo puede llegar a encarnarse en este punto, si la misión temporal del cristiano puede llegar tan lejos, si el testimonio del amor vivificante puede descender aquí y ahora, o si uno ha de abandonar el mundo al demonio justamente en aquello que le resulta ser más connatural: la vida civil y política.

Si uno cree en la posibilidad de una política auténtica y vitalmente cristiana, entonces la tarea temporal más urgente es trabajar para establecerla, así como el mayor mal será permitir que fracasase.

No soy tan ingenuo como para pensar que semejante política inauguraría el reino de Dios en la tierra o que transformaría a un gran número de hombres

en hombres buenos. Entiendo, sí, que deberá luchar constantemente, mientras es constantemente rechazada, constantemente combatida y constantemente traicionada, para lograr que las estructuras de la vida social y política sean más dignas de la persona humana y de su vocación.

No es este el lugar más apropiado para desarrollar semejante concepción, que no es fundamentalmente menos ajena a la concepción ateísta-comunista que a la concepción totalitaria fascista de la vida social. Diré solamente que, en mi opinión, los nombres que mejor la caracterizan son: “personalista y comunitaria”, “pluralista” y “humanista integral”.

También debo decir que una filosofía política justa – justa en tanto doctrina, y, por ello, por encima de las diversidades materiales de temperamento – no es ni de derecha ni de izquierda. Sin embargo, en cuanto a los requisitos de aplicación impuestos por el presente estado de cosas, una sana política cristiana (quiero decir inspirada por principios cristianos, pero aceptada por todos los no cristianos que la encuentren justa y humana) aparecería, sin duda, claramente inclinada a la izquierda respecto a las soluciones técnicas, en consideración al movimiento concreto de la historia y a la necesidad de transformar el sistema económico presente. Todo ello, mientras se tiene posiciones absolutamente originales y se procede conforme al orden moral y espiritual de los principios, completamente diferentes de las concepciones del mundo y de la vida, de la familia y de la ciudad sustentadas por los diversos partidos de izquierda. Estos principios (que algunos hombres considerados de derecha han servido admirablemente, como Albert de Mun o La Tour du Pin), no son ni de derecha ni de izquierda. Son superiores y fundados en Dios.

NECESIDAD DE NUEVAS FORMACIONES POLÍTICAS

Como lo he señalado, es necesario organizarse en oposición a la guerra civil. Pero es igualmente necesario tener una nueva formación política que tenga como tarea la reorganización del sistema social conforme a los principios del humanismo integral - que es algo que espero tanto como lamento su ausencia:

“Un partido, o mejor dicho, una sociedad política que no buscase agru-

par a los católicos en cuanto católicos, sino solamente a aquellos católicos que tengan una concepción de un ideal histórico a alcanzar, como la que he propuesto, así como de los medios a emplear en esa tarea: un partido que no procurase ser exclusivamente católico o ni siquiera exclusivamente cristiano, sino que acogiese a todos aquellos que estén dispuestos, de hecho, a dedicarse a la empresa definitiva de hacer historia. Ahora bien, que semejante empresa esté basada en sí misma en una metafísica y en una espiritualidad católica y que, consecuentemente, requiera un liderazgo de católicos, es un asunto diferente. También debe ser fiel a su propia naturaleza y, en tanto que esto se logre, debe llamar a la cooperación a todos y a cada trabajador de buena voluntad.” (‘Du regime temporel et de la liberté’)

En el mismo libro del que he extraído estas líneas agregaba que tal formación política y socio-temporal – si alguna vez llega a existir – debe llamar primeramente a un trabajo espiritual y a un combate con las armas del heroísmo cristiano. “Los únicos que pueden quedar atónitos frente a esta aparente paradoja son aquellos incapaces de reconocer la dependencia esencial que tienen lo político y lo social del orden moral, lo temporal respecto de lo espiritual y que no ven que los males que sufre la humanidad en nuestros tiempos son incurables si lo divino no es reincorporado a las profundidades de lo humano, de lo profano y del orden secular.” (‘Du regime temporel et de la liberté’)

Imaginemos que una formación política de esta clase existe y que un grupo de hombres “decide reasumir (aunque en forma diferente, dado que disponen de recursos propios de la lucha política) y transponer al orden temporal actual los métodos de los primeros cristianos y de los apóstoles de todos los tiempos” (‘Du regime temporel et de la liberté’). Imaginemos también que ya han adoptado todas sus posiciones, tanto respecto de sus finalidades últimas, como de aquellas de la hora presente. Entonces tendrían que recurrir a todos los medios tácticos, que estimen justos y oportunos, para procurar las alianzas que crean necesarias, dentro de los límites que se hayan fijado, sin comprometer su libertad ni el depósito que tienen a su cargo.

Pero, ¿qué sucede con cada uno de nosotros mientras no disponemos de semejante formación? En el orden espiritual, que es supra-político, la libertad del cristiano exige que él sea todo para todos los hombres, que lleve a todo lugar

su testimonio y su palabra, que en todas partes establezca lazos de verdadera amistad y bondad fraternal, los lazos de las virtudes naturales de fidelidad, devoción y gentileza, sin las cuales no es posible ayudarnos unos a otros. Sin esos lazos, la Caridad sobrenatural, o lo que tomamos por ella, corre el riesgo de transformarse en maldad o en un mero proselitismo de clan. De igual manera, en el orden político, ante la ausencia de una política vitalmente cristiana, debemos preservar la semilla de semejante política en contra de todo aquello que pretenda cambiarla.

Cuanto más frágil, oculto y discutido es todavía ese germen, mayor intransigencia y mayor dureza hay que emplear para conservarlo puro. En esto, la lección de los grandes conquistadores de las revoluciones es singularmente educativa para nosotros. Lo que requiere la libertad del cristiano es la negativa a ceder el paso, no para atrincherarse y caer en una especie de purismo espiritual, sino para entregarse a ella más vitalmente, con plena conciencia de sus responsabilidades temporales. De aquí en adelante, en las condiciones más ingratas y con la torpeza propia de los principiantes, esta marcha habrá comenzado.

Incluso cuando la llama invisible de la misión temporal del cristiano, de esa política cristiana que el mundo todavía no logra entender, arda sólo en unos pocos corazones, porque la madera no está seca todavía, el testimonio será al menos mantenido y el depósito traspasado de mano en mano. Todo ello dentro del creciente horror de un mundo donde la justicia, la fortaleza, la libertad, el orden, la revolución, la guerra, la paz, el trabajo, la pobreza, todos ellos, han sido deshonrados por una política que lleva adelante sus propósitos corrompiendo las almas con mentiras y haciéndose cómplice de los crímenes de la historia, donde la dignidad de la persona humana ha sido escarnecida sin fin. Pero mientras sean afirmadas la reivindicación de la dignidad humana y la justicia y la primacía de los valores humanos y morales, que constituyen el bien principal del bien común terrenal, continuará brillando entre los hombres una pequeña esperanza de que el retorno del amor al orden temporal es posible.

En política, el principio del mal menor es invocado con frecuencia. Sin embargo, no hay mayor mal que dejar sin testigos la justicia y la caridad, quiero decir, en el orden temporal y con respecto al bien temporal, en sí mismos.

Terminaré estas páginas presentando las conclusiones de un estudio, ya citado (el artículo de la revista *‘Esprit’*), que establece claramente algunas ideas de gran importancia para mi propósito actual.

Se han planteado algunas interrogantes en torno a la actitud que deberían asumir, en las presentes circunstancias, quienes, conscientes de la tarea temporal del cristianismo, pretenden actuar en ese terreno para clarificar el uso de los conceptos políticos, digamos, al estilo de la *‘cives praeclari’* de los antiguos filósofos.

En primer lugar, hagamos una distinción, esencial para nuestro propósito, entre lo que podemos llamar una acción política de ‘objetivo próximo’ y una acción política de ‘objetivo remoto’. Una acción política de ‘objetivo próximo’ es aquella que, aún cuando trabaje en función de un futuro lejano, está determinada en su acción y en su dimensión por una realización próxima que le sirve de punto de destino.

Si es cierto que, por causa de sus vicios internos, nuestro actual régimen de civilización se encuentra preso entre contradicciones y males irremediables, una política de objetivo cercano, una política dependiente del porvenir inmediato y que sitúa en un resultado próximo su fin directamente determinante, puede optar entre tres clases de medicaciones:

- Una medicación de mantenimiento que, para conservar la paz civil, se contente con el mal menor recurriendo a medios paliativos.
- Una medicación draconiana que proclame la salvación inmediata de este mundo enfermo mediante una revolución que establezca la dictadura comunista del proletariado.
- Y una medicación draconiana que ponga sus esperanzas en una revolución o, más bien, en un procedimiento defensivo reflejo derivado de la reestructuración totalitaria del Estado nacional.

Pudiese ser que en ciertos países y en un determinado momento, el primer método pudiese acomodar, con algunos atenuantes, sea el segundo o el

tercero de estos métodos. Éstos dos últimos son sumamente parecidos, salvo en que el segundo otorga la preferencia a la comunidad proletaria en formación sobre la ciudad política existente, mientras el tercero se la da a la ciudad política existente sobre la comunidad proletaria en formación. Sin embargo, no pareciera que los líderes políticos más destacados pudieran inclinarse fácilmente en uno u otro sentido. ¿No es un hecho que los partidarios del primer método sufren de las miserias del empirismo y del oportunismo y, como en toda política de día a día, presuponen la aceptación del sistema de civilización existente? ¿No es efectivo que el segundo método, subordinado a una filosofía y a una mística expresamente ateísta, repudia por razones de principios los lazos creados entre los hombres y las comunidades nacionales históricamente establecidas? En cuanto al tercer método (sin hablar, al igual que respecto del segundo, de los obstáculos que les presentaría una actividad política cristiana efectivamente desarrollada) ¿no resulta ser sino la pretensión de enmendar ciertos males mediante la agregación de otros, y la aniquilación de las condiciones básicas para el establecimiento temporal de los principios cristianos, específicamente de la posibilidad del retorno de las masas al cristianismo en tanto avanzan, como hemos dicho, hacia una condición social de adultos?

Enfrentados a las grandes dificultades que acabo de mencionar, podría suceder que nuestros buenos ciudadanos se sintiesen tentados a regresar a una actividad temporal que se alza por encima de las diferencias de los partidos políticos (porque sólo se refiere al encuentro de lo temporal con lo espiritual, tocando sólo de manera indirecta la vida política propiamente tal, puesto que estaría limitada estrictamente a la defensa temporal de los intereses religiosos y de las libertades religiosas, sin importar en absoluto todo lo demás). Semejante actividad es ciertamente indispensable y necesaria, pero no es suficiente. Requiere imperiosamente del cristiano, aunque éste no debe replegarse en ella. El cristiano no debe estar ausente en ningún área de acción humana; es requerido en todas partes. Debe trabajar a un mismo tiempo - justamente como cristiano - en el plano de la acción religiosa (que es indirectamente política) - y también justamente como miembro de la comunidad temporal - en el plano de la acción propiamente temporal y directamente política.

Pero entonces, ¿cómo deberá proceder? Pues bien, yo sostengo que nuestros *cives praeclari* están invitados a una acción de objetivo remoto o de largo alcance. No será ciertamente ni una medicación de mantenimiento ni una medicación draconiana, sino que será tal vez una medicación heroica.

Debe ser notado que cuando hablamos de la realización de un ideal histórico temporal cristiano, estas palabras deben ser bien entendidas. Un ideal histórico concreto no será nunca realizado como algo terminado o como una cosa hecha (como para que se pueda decir: “Se acabó, ahora descansaremos”, sino como algo en movimiento, como una cosa en vías de realización y siempre por realizar (así como un ser viviente, una vez nacido, continúa creciendo). ¿En qué momento tiene lugar la “realización” de ese ideal, su “instauración”? Cuando nace a la existencia histórica, esto es, cuando empieza a ser reconocido por la conciencia común y a desempeñar una función motriz en la obra de la vida social. Antes estaba en preparación, después debe continuar.

Siempre he llamado la atención sobre la diferencia existente entre una utopía y un ideal histórico concreto. (*La vie intellectuelle*. 1935). Una utopía es un modelo que debe ser realizado como algo terminado en un punto de reposo y, por ello, es irrealizable. Un ideal histórico concreto es una imagen dinámica que debe ser realizada como un movimiento o como una línea de fuerza, y es justamente por eso que es realizable. A partir de esto es posible ver que su realización puede ser muy lejana (y en el caso de un nuevo orden cristiano en el mundo, aún mucho más lejana), aunque, no obstante ello, puede servir como un punto de mira para dirigir, durante un período preparatorio, que puede ser muy extenso, una acción que está determinada tanto por el futuro como por las actuales circunstancias. Eso es lo que llamamos una acción política de largo alcance. Sólo así podremos escapar de las antinomias mencionadas más arriba.

Las ciudades políticas y las comunidades nacionales existentes no son lo mismo que el orden de la civilización en el que existen en una época determinada. Esa es una distinción esencial que nuestras preclaras políticas no debieran sacrificar en aras de la abolición del orden de civilización presente ni del establecimiento de un orden de civilización aún menos digno de los seres humanos. El problema a enfrentar, insoluble para toda política de objetivo próximo, consiste en conducir a las ciudades políticas existentes, mediante los cambios estructurales profundos

que sean necesarios, así como de la disminución necesaria de la soberanía para el establecimiento de una verdadera comunidad internacional temporal, en tránsito desde las vicisitudes de la disolución del presente sistema hacia un nuevo sistema de civilización fundamentalmente diferente del actual, uno que refleje en la sociedad terrestre las exigencias del evangelio.

Supongamos, pues, que llegan a existir - algo que nos parece eminentemente deseable - uno o varios grupos verdaderamente políticos, tanto en su denominación como en su especificación (implicando así una visión concretamente determinada del bien común temporal como tal), y, al mismo tiempo, auténticamente cristianos en espíritu. Podrían ser grupos diversos, puesto que hombres unidos por una misma fe religiosa pueden, por cierto, discrepar e incluso estar en posiciones opuestas.

Si las consideraciones precedentes son correctas, aquellos grupos fundados en una buena filosofía política y en una buena filosofía de la historia moderna, trabajarán por una acción política a largo plazo y, en lugar de ser hipnotizados por el momento presente, afirmarán la idea de duración, tomando en cuenta el tiempo necesario para la maduración de una renovación humanista integral del orden temporal.

Comenzarán trabajando hoy mismo por el presente. No se despreocuparán de las necesidades presentes del cuerpo social, porque es una obligación participar en la solución de las necesidades actuales de los hombres que están frente a nosotros y que no pueden esperar. Pero estas obligaciones no significan que todo debe ser sacrificado a las necesidades presentes, así como, por ejemplo, un general en medio de la batalla piensa más en la victoria final que en el sufrimiento inmediato de sus soldados.

¿Como puede ser posible enfrentar los males presentes teniendo en cuenta que otros males amenazan gravemente el futuro? Con medidas que, al mismo tiempo que sirven al bien común, organizan y preparan transformaciones aún más profundas. Aunque tales medidas exigen paciencia y pueden parecer paliativas, mientras se espera por la liquidación del sistema imperante, son en realidad más que paliativos y trascienden tanto el empirismo como el oportunismo, porque preparan positivamente un nuevo sistema de civilización.

Así es como la acción política que estamos proponiendo debe proceder, avanzando por etapas, proponiendo y ejecutando, en la medida que son exitosos, los planes y programas especificados por los fines que les son propias.

Pero estos fines constituyen una meta muy lejana. El ingeniero forestal trabaja hoy por un futuro del bosque cuidadosamente calculado, que ni sus ojos ni los ojos de sus hijos jamás han de ver. De igual manera, es en función de una finalidad distante que la acción política que estamos definiendo medirá su empuje, mediante realizaciones precisas, aunque lejanas en el tiempo, en las que descansan sus fines determinantes y en función de los cuales es dirigido todo lo demás.

Toda revolución auténtica supone que algún día comenzará a separarse del presente e incluso a desesperar de él. Transferir los propósitos específicos de esta actividad a un estado incompatible con los principios del propósito presente, cargar con un futuro que sólo puede nacer después del quiebre esencial, cuidar primero de ese futuro, así como del presente en relación a él, preparar para él todos los medios requeridos - elaboración doctrinaria, atractivo intelectual, trabajo social y cultural, acción política -, tal es el primer rudimento de una actitud revolucionaria en el más amplio y legítimo sentido de la palabra.

Dicha actitud revolucionaria de los cristianos pudiera parecer secesionista, al enfrentarse a aquellos que desearía agregar a esta lista de tareas una especie de deber de guerra civil, forzando a todo el mundo a elegir entre ilusiones opuestas (aunque comparables en muchos aspectos) para alcanzar la salvación temporal inmediata. Efectivamente, hay en ello una cierta separación, pero sólo en el caso que el presente estado del mundo cese de proporcionar un punto de mira hacia un objetivo definitivo. Sin embargo, no hay propiamente secesión, ni atrinchamiento, sino sólo el rechazo de sacrificar el futuro al presente (nada es más verdaderamente humano que eso), es una conversión hacia una meta y una concentración en torno a un centro que no es el orden presente, sino una nueva cristiandad que nos llama a un proceso de larga y madura preparación.

A decir verdad, nada es más escandaloso, y en cierto sentido más revolucionario (revolucionario incluso con respecto a la revolución) que creer en una política cristiana y en el propósito de llevar adelante en este mundo una acción política cristiana. El cristiano, consciente de estas cosas, sabe que la mejor manera de servir al bien común temporal es mantenerse fiel a los valores de la verdad, de la justicia y de la amistad fraternal, que son sus elementos principales. Y con el mismo ardor con que los discípulos de Proudhon o Marx guardan y protegen el futuro de su revolución al costo de rechazos inevitables, el cristiano tiene por misión guardar y alimentar en su alma la semilla y el ideal de una nueva cristiandad, para preparar en el tiempo y para el tiempo la historia futura de esta pobre tierra.

Así, tanto en el plano temporal como espiritual, bajo diferentes modalidades aunque con igual rigor, los cristianos deben entregarse a su misión bajo una misma ley de independencia; no de aislamiento, sino de comunicación y compromiso. La libertad que deben poner de manifiesto en las profundidades del mundo es una libertad encarnada. En el corazón de los sufrimientos que hoy experimenta toda la tierra, hay sin duda una necesidad divina de romper, no con el mundo, sino con las viejas esclavitudes de este mundo, lo que constituye la más dura exigencia de esta libertad comprometida.

